

LA RELEVANCIA DEL HOMBRE –O MUJER- CABAL

Hay dos pequeñas parábolas o ejemplos que leíamos el pasado domingo en la Misa. Se refieren a la sal y a la luz. Dice Jesús de sus discípulos: los que son felices por el camino de las bienaventuranzas, los que viven desapropiados y arraigados, son como la sal y la luz. Dan sabor y gusto a la vida. Iluminan a cuantos les rodean.

Muchas personas viven obsesionadas por ser importantes, por ocupar el centro, salir en la TV o, sencillamente, por dejar alguna huella ante sus semejantes. Y se esfuerzan hasta lo imposible por dejarse ver, por llamar la atención. Algunos pretenden lograr esto haciendo o diciendo la mayor barbaridad. El asunto es salirse de lo común como sea. No hay sino ver algunos programas de TV.

No es que sea malo, ni mucho menos, ser relevante en la Sociedad. Cambiarla para mejor, salirse de los imperativos de la costumbre o la rutina, lograr no ser personalmente y que otros no sean esclavos de los determinismos de los propios instintos, de la moda o de la imposición social... Todo eso no sólo es legítimo sino que es un deber y una buena meta para todo aquel que se precie a sí mismo.

El asunto es cómo se logra esa influencia en el entorno. Algunos piensan que hablando más alto, o saliendo en todas las fotos, o realizando las mayores extravagancias. Hoy es frecuente pasar por la calle y escuchar sartas de tacos o blasfemias o palabras altisonantes, incluso en boca de adolescentes, chicos y chicas. Es una forma de hacerse notar. Pero, ¿a qué conduce?

Aunque el procedimiento es más lento, el modo propuesto por Jesucristo es más eficaz. Se trata de hacerse relevante sin pretenderlo, sólo mediante las buenas obras. No se trata ni siquiera de hablar muy bien o con mucha precisión, ni siquiera de ser un fiel cumplidor de prácticas religiosas. Jesús dice que son sal que hace la vida más grata y luz que abre caminos a otros los que dicen la verdad sin aspavientos ni juramentos, los que piensan y dicen bien de los demás –hombres y mujeres- y los que realizan cada día con paz, sin pausas ni acelerones, el trabajo que les toca. Ni más ni menos.

Con la moda de la Ley-antitabaco, escuchaba hace unos días un buen ejemplo. Si en una habitación hay veinte personas y diez de ellas fuman, al salir todos huelen a tabaco. Lo mismo debería pasar en un barrio o en un pueblo, en Valdelosa por ejemplo, si hubiera 10 buenos cristianos. O sencillamente 10 personas cabales, honestas, sinceras, generosas. Serían sal y luz. La vida de todos sería más agradable. Todos andaríamos menos confusos y podríamos ser luz para los demás. Ésta es la relevancia que importa.

JOSÉ MARIA YAGÜE